

## RELATO A LA VUELTA DE BOLIVIA: Radicales por la supervivencia.

Inmaculada Pérez y Guancho Mateo

Después de cinco años de distancia física de Bolivia, y concretamente de las ciudades de La Paz y El Alto, hemos aterrizado, en ese querido mundo donde la vida tiene banda sonora, sonidos de cumbia y otros ritmos tradicionales que te acompañan en la calle, en tiendas, bares, transporte, ... y consiguen que acabe en tu cabeza una cancioncilla de moda. Los olores, en toda su gama de matices, se alojan en las fosas nasales con el poder de hacer recordar historias lejanas, episodios de encuentros y desencuentros que sin ellos podrían darse en otro lugar pero jamás ahí. ¡Cómo huele la hoja de coca al ser pijcheada –masticada- en un ambiente fraterno y constructivo! Ocurre algo parecido con los sabores: te puedes comer una salteña en Madrid u otra ciudad española, pero nada comparado con el caldillo tan chorreante de las que se venden en cualquier puesto de la calle; y sus sopas multicolores, de quinua, de fideo, de un cúmulo de ingredientes desconocido pero insuperable para el paladar, sobre todo si la aderezas con un poco de llajua, la rica salsa hecha con el picante andino, el locoto.

Aparte de nuestros asuntos personales, estábamos con ganas de ver cómo se encontraban los amigos y cómo era la situación tras el levantamiento popular conocido por todos en octubre del año pasado. Ni que decir tiene que dicho acto de rebelión se respiraba en el ambiente, y no ya por las constantes manifestaciones de La Paz, algo ya típico de su paisaje, sino por las narraciones de todas las personas en torno a visiones de aquella semana sangrienta y por los recelos y temores de ver venir un nuevo octubre conflictivo. Barricadas, fogatas con grupos de vigilancia para alertar de la llegada del ejército, gente caminando de un lado para otro, las radios –las que no pudieron ser cerradas- informando de una lucha sin cuartel, vecinos golpeando las puertas alertando y obligando a salir ante el inminente peligro, comentarios de gente caída por bala, estrategias retirados volviendo a las trincheras para defender su gente, consignas de “no pasarán” o “que se vaya el gringo”, pueblo, puro pueblo sin líderes de partidos defendiendo la integridad perdida de casi un centenar de ciudadanos caídos por las balas, vagones de tren –movidos por brazos con fuerza sobrehumana- atravesados en medio de la autopista, tanques, un soldado asesinado por oponerse a disparar contra sus hermanos, helicóptero con ministro (cuyo bigote ya es conocido en los anales de las violaciones de derechos humanos) ordenando abrir fuego indiscriminado, sangre hirviendo y, sin conocimiento de filosofía política, exigiendo otra democracia: *radicales por la supervivencia*. Un año después, como hemos dicho, sensación de un retorno de la violencia, de otras noches sin dormir, de varios días sin comer (“porque no sabíamos tener sueño, no sabíamos tener hambre”). Y no es que la historia se repita pero los aniversarios son dados a recordar los cambios y a evaluar si ha mejorado aquella situación crítica que llevó a salir a la calle y mandar al exilio al presidente de la República y a algunos de sus principales colaboradores.

La visión primera es que las cosas no sólo no han cambiado sino que han empeorado en diferentes ámbitos. Hubo cambio de equipo de gobierno (que asumió el anterior vicepresidente con un equipo sin partidos políticos) y un referéndum de por medio para decidir el destino del gas, criticado por muchos sectores sociales pues dejaba en la cuneta, a pesar de contar con cinco interminables preguntas, el tema de la nacionalización de los hidrocarburos. ¿Pero qué hacer cuando las multinacionales tienen la sartén por el mango y el redactor del borrador de la ley fue anteriormente asalariado de una de ellas? Repsol, por ejemplo, llegó a amenazar con irse si los tantos por cientos de sus ganancias (o robos, según quien mire) disminuían.

Se respira una cierta inseguridad en el aire y no por la espesura que provoca la falta de oxígeno a 4000 metros sino por la incertidumbre del futuro. Hay quienes hablan de un nuevo tipo de democracia o de organizarse, pero saben con quien se enfrentan: los organismos financieros internacionales cuyo destino ya han decidido para Bolivia, y ese pasa por dejar salir el gas cuándo y dónde ellos dictaminen. Es decir, negarse a seguir las directrices del FMI y del Banco Mundial significa rechazar los créditos, condicionados a estar con ellos, que año tras año conceden los países del Norte. Seguir sumisos a sus mandatos significa ceder nuevamente al expolio y al aumento constante de la pobreza provocado por el fracaso (para los bolivianos) de los ajustes estructurales hasta ahora impuesto. En resumen pesimista, la salida es la pobreza, generadora de riqueza y control (que otros llaman seguridad) en otras coordenadas del planeta.

La Paz tiene nuevos parques y zonas de ocio que aparte de belleza aportan espacios de encuentro y distensión; el Prado, su principal avenida, los domingos se convierte en un centro cultural, con música, exposiciones, puestos de artesanía, una biblioteca infantil en la calle, una miniferia del libro y lo que dé a la imaginación de semana en semana: su alcalde, además, parece estar consiguiendo fondos para el desarrollo y goza de una cierta aceptación por parte de la gente. El Alto ha visto crecer sus calles adoquinadas, sus plazas y aulas para los colegios, las inversiones extranjeras parecen haber crecido. Preguntamos a una persona amiga sobre estas inversiones y la respuesta sorprendente es que vienen del mismo Norte que luego se quiere llevar sus recursos naturales; todo ello es una artimaña para tranquilizar a los habitantes de esa ciudad de adobe, para calmar al león despertado en octubre del año anterior. Las ONGs habitan cada rincón de esta ciudad con multitud de proyectos, para todos los gustos y criterios: Intervida sigue uniformando a los niños de los colegios a cambio de una foto con que apadrinarlos, vendiendo sentimientos paternalistas y sin cuestionar las políticas generadoras de esa realidad excluida. Otros optan por la educación o la salud de modo liberador, por compartir el cielo por techo con los niños de la calle. Otras, como las mujeres de la Pachamama, siguen produciendo artesanía sin olvidar la formación política, para no esperar al charlatán de turno sino para implicarse en sus políticas locales. Pero la pobreza, como las ratas, sobrevive y se reproduce en el subsuelo y de vez en cuando sale a la superficie para recordar que siguen estando ahí. Pues si no es así, ¿a qué se debe el deseo de emigrar a España de tanta gente? Nos comentaba una trabajadora de la Embajada española que las colas de la gente son interminables, como jamás se habían visto. No ha habido nadie que no nos haya preguntado por la forma de venir a este mundo idealizado; lo triste es eso mismo, el engaño de creer que España es un lugar de salvación donde te ofrecen trabajo y condiciones dignas nada más llegar a Barajas. Nuestro error, el de quien vivimos en esta Europa fortaleza y unida bajo el signo del mercado: no darnos cuenta, como canta Serrat, de que vienen porque no tienen nada que perder. Aunque dejen atrás familia, casa, la seguridad de lo conocido, lo que pueden conseguir en nuestros centros de esclavitud (nuestros campos, nuestras construcciones, nuestros parques de prostitución, etc.) siempre es más que un sueldo básico en su tierra.

A ello hay que sumar las deudas contraídas con los bancos generosos que aprovechando el río revuelto hicieron crecer sus ganancias imponiendo intereses del 30 o 40 %. Los deudores se han organizado y están dando la cara negándose a pagar y exigiendo al gobierno tomar carta en el asunto. Algunos, muchos, optan por emigrar, buscar fuera lo que te quitan dentro: no olvidemos que la emigración también es impulsada por los bancos que luego, en territorio español, gustosos recogen los frutos mal pagados de su trabajo en España. ¿Qué hace sino La Caixa cuando habla de fondos éticos y solidarios pero al mismo tiempo controla empresas como Repsol, una de las principales impulsoras de la política de hidrocarburos generadora de pobreza en Bolivia?

De boca en boca corre el fantasma de la inseguridad, la zona de la Ceja, tantas veces visitada por la noche para tomar un cafesito con los niños de la calle, para encontrarnos los amigos en algún local o como centro de comunicaciones donde encontrar algún medio para volver a casa, hoy es sentido como un barrio chino cuya estela se filtra por toda la ciudad de El Alto. En los cruces de caminos, en las líneas divisorias de las villas se han vestido los palos de la luz con muñecos de trapo colgados; en sus pies se lee en algunos "ladrón pillado, ladrón ahorcado", en otros la sola figura lo anuncia y así lo entiende todo vecino. Tomarse la justicia por su mano en un país conocido por los abusos de sus tribunales, de ahí el refrán: "no te fíes del hombre peruano, de la mujer chilena y de la justicia boliviana". De los dos primeros no podemos decir mucho, pero de la justicia boliviana bastante y no demasiado halagüeño, a pesar de sus últimas reformas que la han mejorado algo. Al principio piensas que es algo anecdótico pero después de dos meses ves las numerosas víctimas de los atracos, del hurto e incluso del asesinato por robar casi nada. Las cholitas han dejado de utilizar su típico bombín para evitar perderlo; las carteras guardan el dinero en lugares insospechados buscando evitar las manos sensibles que entran y salen sin ser vistas y sentidas.

Pero la verdadera inseguridad, la que mata sin ser vista es la del Estado y sus compinches globalizados, la seguridad de los amos de la tierra, de las minas y de los destinos de la gente humilde. Pero atacar este enemigo, o incluso señalarlo, es más complicado, incluso para los que vamos de visita, pues pertenecemos al Imperio, término de nuevo resucitado por lectores de lo social y del sufrimiento de esa masa cansada y cabreada reconocida en la noción de "pueblo", el verdadero protagonista de la incendiada primavera boliviana del 2.003.

¿Quién responde a tanta violencia directa y estructural? No está de más recordar la práctica inexistencia de la clase política tradicional: los grandes partidos se han quebrado; los que formaban el tripartito (Movimiento Nacional Revolucionario, Movimiento de Izquierda Revolucionaria y Nueva Fuerza Republicana) han estallado en mil pedazos, el que quiere salvarse se agarra a los troncos que lleva la corriente y desmarcándose de sus principios se revisten de memoria de las víctimas del sistema. Acción Democrática Nacionalista, partido del dictador Banzer, que gobernaba hasta hace un par de años llora la muerte de su fundador, la quema y la venta de la sede cuyo nombre ofende a la historia y a la inteligencia de los que todavía esperan conocer el destino de las fosas de sus familiares desaparecidos en la década de los 70, "La Casa de la Democracia". Se salvan de la hoguera los pequeños partidos aspirantes hoy a crecer. Sin embargo, ni ellos lograron abanderar la sublevación y reconocer en un acto heroico de autocrítica su posición en la cuneta de aquellos días. Al líder cocalero le pilló por Europa y al indígena aymara conocido como el Mallku, en sus discusiones internas del altiplano.

No obstante y contra todo parecer hay quien responda: la gente. La conciencia social y política de todo un pueblo parece haber despertado; estaba ahí, sin configurar, masticando el hambre y la marginación, la indiferencia de tantos discursos y decretos legislando para ellos sin contar con ellos, mirando a otra parte y hablando lenguajes lejanos a los autóctonos. El mundo indígena ya no se conforma con darle colorido a las campañas turísticas y publicitarias oficiales; ya no quiere que se les utilice para adornar políticas neoliberales; ve con decepción la inutilidad de declaraciones de décadas dedicadas a ellos sin resultados reales en el reconocimiento de sus vidas, sus tierras y sus signos de identidad; quieren ser protagonistas del día a día, gobernantes de sus destinos y libres para expresarse, relacionarse y salir de la jaula del circo en que han sido introducidos históricamente. La Coca, hoja sagrada para el vivir andino abandera esta reivindicación y exige transformaciones profundas bajo la mirada amenazadora venida de las saeteras del búnker blanco, como blancas son tantas lápidas funerarias, donde se refugian los

amos del mercado. Su poder e influencia llega al límite de ser conocida sin nombrar su origen norteamericano: “la Embajada”.

Bajo una granizada, esperando la salida de Pablo Milanés, hablamos con Dante sobre la materialización de lo “posible”, esa fase perdida en nuestro mundo desarrollado y palpada a los pies de la cordillera Real de los Andes. La sociedad civil en esta tierra no ha cedido todavía sus capacidades al Estado ni a las empresas privatizadoras de lo público; es más, saben que el sueño, aquello que es posible pensar es posible de realizar, a pesar de la propaganda de los programadores del sistema. Él siente que la solución al atolladero se esconde en pequeños grupos, en nadie (en palabras de Galeano), en personas sin ánimo de apoltronarse en partidos políticos cuyo objetivo parece ser pillar una cuota de poder, en gente como tú y como yo que no queremos restar sino sumar incluso a los que restan, a los fabricantes de excluidos.

Una visión de final feliz y con visos de futuro –y cuyo paradigma podría ser Dante- se pasea por los adoquines de La Paz y los caminos de polvo y piedra de El Alto, después de tanto tiempo bordeando las alambradas o los muros de las penitenciarías. La mayoría de los presos conocidos en el pasado están en libertad (y sueño con ver pronto, por lo menos, a la decena que todavía aguantan tamaño castigo inútil) y muchos de ellos produciendo vías de recuperación de la dignidad perdida, buscando en los rescoldos de su pasado más reciente líneas vivificantes de política solidaria, de cambios de estructuras que limen los barrotes de esa cárcel en que acaba convirtiéndose una sociedad donde la vida está atada a lo que decidan otros por ti. Al final va a tener razón Jacques Gaillot, el obispo de Partenia (diócesis inexistente con la que Roma ha pretendido cortar las alas), cuando hace años, tras la visita a las cárceles de San Pedro, de Obrajes y Chonchocoro concluía, en rueda de prensa realizada en la sede de la APDH (Asamblea Permanente de Derechos Humanos) que mucha gente destacada por sus pensamientos, por su capacidad de análisis y crítica social purgaba su atrevimiento en las prisiones y era tachada de terrorista, el nuevo “san-benito” con el cual acallar la disidencia o la diferencia con el orden global, el legitimador de las guerras preventivas y el criminalizador de las voces surgidas de la pobreza. Y para muestra dos botones: Pinto, sociólogo de carrera estudiada tras los barrotes, ayudando a mirar lo que pasa en Bolivia con sus reflexiones y su vida dedicada a los demás; el otro, García Linera, posiblemente uno de los que formen parte de ese grupo de “constituyentes”, de los que escriban la nueva Carta Magna. Paradojas de la vida: de enemigos del pueblo a salvadores. ¿Quién se equivocó en el veredicto?

¿Y en todo ello, nos preguntábamos, qué pintan o hacen las instituciones reconocidas desde hace tiempo como las de más legitimidad social: los medios de comunicación y la Iglesia Católica? Las encuestas dicen que han bajado posiciones, ellos sabrán a qué se debe, nosotros contamos pequeños debates o impresiones. Sobre la primera han llovido críticas razonables por sus silencios antes los gritos y la sangre derramada (con las honrosas excepciones de aquellas radios que no pudieron cerrar o controlar desde el Gobierno). Como guinda del pastel no puedo dejar de señalar la persecución y despido de periodistas en prensa felizmente comprada por el grupo Prisa. Está visto que vamos por el mundo sembrando nuestro modelo de democracia, quizá por eso se le conceden entrevistas en la Ser al Presidente asesino tras la matanza y le dan espacios de supuesto diálogo sobre la democracia en el Forum de Barcelona.

Sobre la Iglesia Católica, entre muchas, nos quedamos con cuatro imágenes impresas en la retina por su capacidad de decir cómo está la “viña del Señor”:

- Wilson Soria, sacerdote de uno de los barrios regados de sangre por el gobierno depuesto de Sánchez de Lozada, se presenta como candidato a las elecciones

- municipales de diciembre. El reglamento electoral le exige que deje su puesto de religioso durante el tiempo que dedique a la labor política partidista, con lo cual debe pedir una especie de excedencia a su obispo.
- Al frente, en contra, la Iglesia purpurada, la de los salones, productora de documentos oficiales, que cree tener la Voz y se brinda como mediadora en los conflictos entre el Gobierno y quien se le ponga delante (cuando aprenderá que Cristo no estuvo en medio sino al margen; con todos, ofreciendo su tiempo y dedicación a todos, pero sin perder de vista el lugar de su encarnación, el pesebre).
  - Doris Huertas, religiosa dedicada durante muchos años de su vida a los presos y hoy acogiendo a niños alcohólicos de la calle, en un terreno donde comenzaron con una chabola de cuatro ladrillos y hoy, gracias a algunas ayudas y el esfuerzo de todos los chicos y la inestimable ayuda de Soto, otro que también fue tachado de terrorista, convertido en un espacio donde los sueños de otra vida se hacen realidad. Tienen invernaderos, talleres, biblioteca, pequeñas casas, corral de pollos, cerdos, llamas y oveja; los terapeutas, como ellos les llaman. Nos contaban, los chicos, que todo comenzó después de la muerte de dos compañeros, dos gotas que colmaron el vaso del dolor y les hizo pedirle a Doris ayuda profesional. Y ella es una profesional de la calle, de sus sufrimientos.
  - Los presos con una fe que mueven montañas. Algunos que ayer peinaban las callejuelas de las cárceles de San Pedro o el frío altiplánico del patio de Chonchocoro, hoy animan y encabezan el trabajo de la Iglesia en la cárcel, lo dirigen (hasta el año pasado uno de ellos era el Delegado Nacional de esta Pastoral) e influyen de modo real en que se den modificaciones jurídicas que reconozcan la especificidad boliviana en su modo de concebir las prisiones, por mucho que los distintos gobiernos se empeñen en plagiar los modelos inhumanos de Europa o Estados Unidos. Ellos también chocan con los compañeros que hoy dirigen la Pastoral Penitenciaria; no ven con buenos ojos una organización de post-penitenciarios, como se hacen llamar: ¿cuestión de protagonismo clerical o temor, para mí infundado, de escisión?

Podríamos seguir señalando cosas positivas como el proceso constituyente del próximo año, o de gente que sigue luchando por otro mundo posible como José, Mauri, las mujeres de Pachamama, Hivlin, Perelman,... pero no nos da el papel para tanto, sí para otros momentos. Esto es una pequeña parte de lo vivido en dos meses y que Rescoldos nos pide compartir y nosotros, gustosos, ofrecemos. ¿Qué tendrá Bolivia y sus gentes que tanto enganchan?